

Visiones francesas del conflicto del Río de la Plata (1830 -1850)

Eduardo Hourcade

Eduardo Hourcade es Investigador del CONICET,
Universidad Nacional de General San Martín.

Resumen

Luego del reconocimiento diplomático concedido por Francia en 1830 a la vaga entidad política cuya cabecera era Buenos Aires, una serie sucesiva de cuestiones irá tejiendo un clima de suspicacias mutuas que terminará con distintas instancias de enfrentamiento armado en las décadas del treinta y del cuarenta.

En este trabajo se analizan algunos testimonios franceses que provienen de los actores más cercanos a estos conflictos, quienes son en su mayoría diplomáticos u oficiales navales. La versión que se desprende de estos escritos se halla distante de las elaboraciones conceptuales que campeaban en la literatura francesa de ese momento. No se trata de un problema de desconocimiento o indiferencia, sino que los textos que los diplomáticos o militares van a producir carecen de pretensiones intelectuales muy elevadas. Testimonios, en fin, que no nos ofrecen reflexiones de gran alcance acerca de la libertad o la civilización, pero nos informan de un cierto sentido común de la observación del mundo de los funcionarios franceses de la primera mitad del siglo XIX.

Summary

After the diplomatic recognition granted by France in 1830 to the vague political entity which head was Buenos Aires, a successive series of questions will knit a climate of mutual mistrust that will finish with different armed confrontations instances in the decades of the thirty and the forty.

In the present work some French testimonies which come from the nearest actors to these conflicts, diplomats or naval officials, are analysed. The version that issues from these writings is distant of the conceptual elaboration that prevail in the French literature of that moment. It is not a problem of ignorance or indifference, but rather that the texts produced by diplomats or military men lack of very high intellectual pretences. Testimonies, finally, that don't offer us reflections of great scope about freedom or civilisation, but they inform us about a certain French functionaries common sense in the observation of the world at the first half of the XIX century.

Como es sabido, a partir de 1830, la puesta en marcha de una nueva política francesa con respecto a la periferia, inaugura toda una serie de empresas diplomáticas, militares y comerciales de la «Grand Nation» europea que tuvieron repercusiones de distinto tipo e intensidad en América Latina. Con certeza, fueron los ensayos franceses para mantener una presencia más intensa en el Río de la Plata, a partir de esa fecha, los que dieron lugar a la serie más complicada de conflictos entre europeos y americanos que tienen lugar luego de la finalización de las guerras de independencia.

Comenzando por el reconocimiento diplomático, concedido en 1830 a la vaga entidad política cuya cabecera era Buenos Aires, una serie sucesiva de cuestiones enfrentará a los poderes locales con diversas exigencias de origen francés (algunas más fundadas que otras), que paulatinamente irán tejiendo un clima de suspicacias mutuas que terminará con el enfrentamiento armado. El bloqueo naval de 1838, la penetración forzosa del río Paraná por una flota anglo-francesa en 1845, diversos tratados diplomáticos casi siempre incumplidos, son testimonio de la persistencia de este interés francés en la región, política que se mantendrá hasta el año 1852, cuando finalmente sus tropas se despidan de Montevideo.

También resulta conocido que este interés francés en el Río de la Plata pudo llegar a ser tan largamente sostenido, pese a sus reveses, porque en la orilla este del Río de la Plata, en Montevideo, existía otro estado que veía en Buenos Aires tanto a un aliado sin el cual su existencia sería efímera como a un poder que aprovecharía la primera oportunidad para aniquilar esa independencia. El conflicto entre las facciones uruguayas y las facciones argentinas, que agudiza el rosismo, es el fondo que enmarca las aspiraciones francesas. Su colaboración, será constantemente requerida, y especialmente a partir de mediados de la década del cuarenta, cuando la guerra rioplatense se vuelve de más en más costosa en recursos y en hombres, este conflicto que ha sido iniciado en forma más o menos autónoma por la marina francesa, pasará a ser tema de los debates parlamentarios y periodísticos que caracterizan la vida política francesa de finales del orleanismo.

Fruto de estos debates, tanto en Francia como en el Río de la Plata, es una larga serie de testimonios en la que los historiadores podemos aprender cómo se representaban mutuamente las razones del conflicto, sus expectativas, y los medios más adecuados para alcanzarlas. Muchos de estos testimonios fueron escritos por protagonistas cercanos a las negociaciones y/o la guerra en curso, con conocimiento de primera mano de las cuestiones que abordaban. Una segunda serie de testimonios pertenece al debate político propio de la prensa y ocasionalmente del parlamento. Podemos observar allí el apoyo o el rechazo de

la política del gobierno donde el análisis particular de la situación montevideana o rioplatense es alineada con críticas hacia otros aspectos de esa política.

En las líneas que siguen nos queremos detener en algunos de los testimonios que provienen de los actores más cercanos al conflicto, quienes son en su mayoría diplomáticos u oficiales navales a cargo ya sea de las negociaciones o de la guerra. Nos interesa detenernos sobre estas opiniones por varias razones. En primer lugar se trata de personas que habían hecho su experiencia en América, y seguramente, en algunos otros puntos tan remotos como este de la metrópoli; lo que quiere decir que eran personas en cierto modo acostumbradas a tratar con gentes a las que percibían como marcadamente diferente. No obstante la superioridad con que varios de nuestros informantes se representasen a sí mismos, respecto de los hombres con lo que les tocaba interactuar, existía en ellos una capacidad de tomar nota de rasgos de carácter distintivo de otros pueblos, que resulta bastante más amplia que el que puede percibirse en los escritores que concentran su experiencia en París, y desde allí opinan acerca de las cuestiones de la periferia.

Un segundo rasgo que nos parece común y que les adjudica interés a sus informaciones, es que si bien los mismos eran hombres que pertenecían al universo de la cultura letrada, y que incluso algunos de ellos podían extenderse en una escritura de pretensiones históricas y filosóficas, sus textos en general están informados por el sentido común. Siendo que es justificada la indagación acerca del modo en que el pensamiento francés produjo inflexiones en la forma en que los protagonistas americanos del conflicto rioplatense elaboraban una representación de sí mismos, la versión que se desprende de los escritos en los que nos ocupamos se halla distante de las elaboraciones conceptuales que campeaban en la literatura francesa de ese momento. No es que ésta les fuera totalmente desconocida o indiferente, sino que los textos que los diplomáticos o militares van a producir carecen de pretensiones intelectuales muy elevadas, aunque se encuentran muy ciertos de poder opinar con aplomo y conocimiento sobre la situación que han conocido de primera mano. Es por ello, que tal vez a falta de una mejor expresión, pensamos que están compuestos por un cierto sentido común de la observación del mundo de los funcionarios franceses de la primera mitad del siglo XIX, antes que por reflexiones de gran alcance acerca de la libertad o la civilización.

Como síntesis general respecto del tono que parece dominar las impresiones de los observadores franceses sobre la vida política rioplatense, se destaca el sentimiento que el funcionamiento de la sociedad en esta parte de América se asemeja a una especie de anarquía permanente, aunque se crea que este estado

de cosas no vaya a durar definitivamente.

Esta manera general de percibir el clima político rioplatense por parte de funcionarios franceses ha sido bien mostrado por Valentina Ayrolo.¹ Por caso, la autora se apoya en informes de M. Lefebvre, uno de los primeros enviados franceses al Plata a cargo de la corbeta «La Zélé» que informaba a París que: «hacia donde observemos no se percibe más que desorden y anarquía, estado de cosas que ciertamente no puede durar mucho tiempo».² Algo más adelante, el cónsul Mandeville por su parte, observa en Buenos Aires una mezcla relativamente incomprensible entre una población que «n'a que les lumières d'une demi civilisation» junto con hombres que tienen las pretensiones de civilización más avanzadas.

Para Mandeville, el hecho que el espíritu de las personas sea tan inflamable políticamente está en razón de su limitada comprensión de en qué consiste la civilización. Es por ello que la violencia y el faccionalismo son indetenibles. La inestabilidad es constante y una revolución trae consigo la siguiente. Todavía en 1829 Mandeville pensaba que los más ilustrados de los argentinos se alejaban cada día más de las teorías republicanas, y volvían sus ojos a una monarquía constitucional como forma política.

Más adelante Mandeville no insistirá sobre las posibilidades del monarquismo constitucional, sino que informa más o menos precisamente sobre el estado político de Buenos Aires y sus partidos, Unitario y Federal. Aunque Mandeville explica los principios sobre los que ambos reposaban, finalmente descreo que sean principios los que enfrentan a los porteños. Antes que en los principios la división reposa en la lealtad a diferentes jefes.

«Es notorio que las cuestiones son puramente personales, porque los principios sólo son invocados aquí de manera formal; la gente no actúa sino en favor de tal o cual jefe».³ El criterio de que la conflictividad, no sólo en Buenos Aires sino en todo el Río de la Plata, dependía menos de las ideologías que de las personas, será una constatación que los franceses llegados al lugar, reconocerían como la norma.

Otro elemento que a la vista de los observadores será característico de la vida política del Plata es la ferocidad del combate. Tal vez ese inflamable espíritu republicano, que transfiere toda su lealtad a un jefe desemboque en tal estado de impiadosa violencia. Charles Lefebvre de Bécourt ha quedado en Buenos Aires como secretario del Barón de Mackau, luego de finalizado el acuerdo de 1840. En

¹ V. Ayrolo, *Les problèmes et les acteurs de la vie politique au Rio de la Plata, 1820-1836, vus par les diplomates français*, Paris, Mémoire de D.E.A., I.H.E.A.L., 1992.

² Ídem, p. 43. «de quelque côté que l'on regarde, on n'aperçoit donc que désordre et anarchie, et certes cet état de chose en peut durer longtemps».

³ Ídem, p. 64.

tal carácter envía correspondencia casi quincenalmente a Montevideo, mientras es testigo de los efectos de la derrota de Lavalle y de la represión impiadosa que sufren los adversarios del gobernador Rosas.

«Por más que hiciéramos para librarnos de nuestros propios pensamientos y sentimientos, siempre aplicamos demasiado a los asuntos de este país nuestras ideas europeas y francesas. Pero aquí no se quiere desarmar al enemigo, se lo quiere matar para gozar en paz de su botín y ya no tener más nada que temer».⁴ Bécourt solicita a Mackau que deje cerca del embarcadero de Buenos Aires unos bergantines que se había prometido retirar, porque ellos podrían proporcionar auxilio a las personas que intentaban huir de Buenos Aires.

Igualmente se interesa por la forma en que se puede dar auxilio a la familia del vencido general Lavalle, aliado francés y para quien habían intentado obtener salvoconductos. A tal fin se entrevista extraoficialmente con la hija del gobernador, Manuelita Rosas a quien le pide garantías por Lavalle, explicando que en virtud de la convención firmada va también en ello el honor de Francia. Manuelita le informa que tratará que todo se haga de la mejor forma, pero informa al enviado que su padre ya no está seguro en Buenos Aires, y que «por su parte, ella no había cesado de insistirle en que se retirara a Francia».

Podría pensarse que la hija del gobernador ensaya una maniobra de desinformación con el enviado francés, pero lo que resulta para nosotros de interés es que en el informe, Bécourt no da ninguna indicación de desconfiar de ese mensaje, cuando sabía bien que las relaciones de Rosas con Francia habían sido todo menos cordiales. Por más que a finales de 1840 se atravesara un momento de relativa calma, esta visión, tal vez excesivamente autocentrada en el valor y sobre todo el honor de Francia, no llevará a desconfiar de la auténtica intención de quien se dirigía al representante.

Para Bécourt, el gobierno de Buenos Aires, es también un conjunto de funcionarios que por medio de chicanas complican todas las gestiones normales, «pequeñeces muy comunes en este gobierno de tigres y de zorros»,⁵ lo que lo lleva a suponer como probable que en un corto lapso las relaciones volvieran a ser conflictivas, porque en Buenos Aires «no hay ni rectitud, ni buena fe, ni grandes luces, ni una política inteligente». Con todo, en algunos exponentes del sexo femenino de la ciudad creía encontrar algo diferente. Por caso, veía en la viuda del famoso caudillo Facundo Quiroga, que a pesar de haber estado casada «con una especie de bandido, comprende no se sabe cómo ni por qué, la civilización moral y material de Francia». Su preferida, de todos modos es la hija del

⁴ J. Bohdziewicz, *Rosas y Lefebvre de Bécourt. Actuación del Encargado de Negocios de Francia en el Río de la Plata 1840-1842*, Buenos Aires, Scholastica, 1994, p. 124.

⁵ Ídem, p. 129.

gobernador, «quien sigue siendo una amazona y una bailarina incansable, pero tiene tan poca instrucción, tan pocos recursos intelectuales, tan pocos gustos serios y elevados, que uno se cansa rápido de su compañía». ⁶ En cuanto a Rosas sigue encerrado en su despacho, y con la única persona que conversa, además de sus oficiales es con Manuelita, a quien convoca en horas de la madrugada para compartir, no se sabe si cena o desayuno, y enterarse sobre «los viles locos de los que se ha querido rodear».

Sobre el estado de cosas en la ciudad porteña, alguna anécdota de Bécourt puede ilustrar a un tiempo su estado de ánimo y su comprensión de la situación. Viajando en coche, y estando su vehículo señalado con la bandera francesa, un grupo de personas en la calle lo rodean al grito de ¡Mueran los salvajes unitarios! Bécourt detiene el carruaje y a viva voz les indica que bajo el pabellón francés no debían proferirse más que vivas a Francia. Los reunidos, pidieron disculpas y se justificaron en la ebriedad de algunos de ellos, para luego retirarse con respeto.

En febrero de 1841, Bécourt especula sobre quién sería el enviado del gobierno de Buenos Aires a concluir el tratado con Francia. Parece estar seguro que no sería el propio Rosas en persona, sino el ministro bonaerense Guido. En todo caso recomienda al gobierno francés «que sería totalmente absurdo no ocuparse de él, no demostrar ningún interés hacia su persona ni hacia las relaciones de Francia con su país; en una palabra, tratarlo con la vileza con la que siempre se ha tratado a los agentes de América del Sur, a los que apenas se conocía, cuyas notas no se contestaban y a quienes los ministros no encontraban ni siquiera para dirigirles la palabra durante las tertulias». ⁷

Este punto nos parece que merece ser resaltado. Los enviados franceses en América del Sur (y seguramente también en otras regiones) sentían que estaban pagando un duro precio por hacer su carrera de funcionarios. Residentes en regiones aisladas, obligados a un círculo de relaciones restringidos, tenían además la sensación que cumplían un trabajo importante, pero que en París nadie tomaba la responsabilidad de supervisar su misión, de enviarles las instrucciones adecuadas y en lo posible seguir las orientaciones de opinión que mandaban desde el terreno quienes lo conocían mejor.

Las preocupaciones esenciales de un representante como Bécourt eran, en primer lugar el mantenimiento en alto del honor francés y a continuación la defensa de los intereses particulares de los franceses residentes, y más en general del comercio francés. Es por ello que el reclamo del otorgamiento de un convenio que fijara equivalencia de trato para ingleses y franceses resulta central, porque más allá que las violencias ejercidas directamente contra los franceses

⁶ Ídem, p. 154.

⁷ Ídem, p. 148.

no fueron demasiado diferentes a las sufridas por otros grupos de residentes extranjeros en el período, un tratado de eximición del servicio militar era una cuestión de honor.

Si la observación de los franceses acerca del mundo político del Río de la Plata no les deja ver más que anarquía y desorden, desde el punto de vista de Buenos Aires las pretensiones francesas eran absolutamente caprichosas. El trato especial a los franceses, no podía ser considerado un punto de partida, aunque tal vez pudiera ser un punto de arribo luego de unas negociaciones detalladas.

Théogène Page, edecán del vice-almirante Mackau, puso por escrito sus impresiones de la experiencia rioplatense. Como se sabe Mackau firmó en 1840 un acuerdo cesando el bloqueo que provocó una enorme cantidad de críticas tanto en Montevideo como en Francia. Page que acompañó esas gestiones escribió el texto que comentaremos a continuación como respuestas a estas críticas. Antes de aparecer como una publicación separada, los escritos de Page, sin firma aparecieron en la *Revue de deux Mondes*.⁸

Page, entrado en la materia política, resume a Rivera como hombre muy popular en el campo, «donde es patrón y camarada; los llama por sus nombres, les palmea el hombro, comparte sus costumbres y sus distracciones». Además ejerce una suerte de trato feudal aunque reparta tierras sin exigir retribución. «Todos quieren a su compadre Rivera». Aunque acérrimos enemigos, el Colorado Rivera y el Federal Rosas «ambos se apoyan en el mismo elemento de fuerza, el campo».

Lanzando el bloqueo de 1838, los franceses habrían olvidado dos características del temperamento «español»: cierta fanfarronería en lo tocante al honor. En consecuencia, «si la palabra o la amenaza de un extranjero hieren el honor nacional, no hay privación que no sean capaces de soportar». De manera que antes que debilitarlo, el bloqueo de Leblanc reforzó el poder rosista. Los oficiales franceses en Montevideo que veían que en la medida que la suerte de la guerra parecía favorecer a los unitarios «ignoraban hasta qué punto el entusiasmo nace y vive con igual prontitud entre aquellos pueblos», de manera que se engañaban al confiarse en la simpatía pasajera de quienes eran sus aliados. Incluso el representante francés ante el gobierno de Rosas, es un hombre que aunque gozaba de un buen conocimiento de la situación americana, había concluido que «el conocimiento de los pueblos de esas comarcas se produce bajo la impresión de los grandes escenarios de la naturaleza».⁹ Este tipo de sociedad semi-salvaje es un efecto de la naturaleza imponente que la rodea.

⁸ Th. Page, «Le Paraguay et les républiques de la Plata», *Revue des deux mondes*, Paris, impr. de Gerdès, 1^o avril 1851. Hay una primera edición de este artículo, sin firma, en 1846.

⁹ Th. Page, «Le Paraguay et les républiques de la Plata», *op.cit.*, p. 62.

Page interpreta que las acciones del enviado diplomático francés se inspiraban en que creía que «Francia tenía en sus manos la existencia misma de aquellas nuevas repúblicas, amenazadas, si las abandonábamos, de ser devoradas por un despotismo atroz, y destinadas si así lo queríamos, a gravitar en torno de la civilización francesa».

Page sostiene que los enviados franceses en su apresuramiento, en su entusiasmo o en su incapacidad, presentaron a Rosas como un «tirano demente», como un gobernante debilitado y sin apoyos que cedería a la menor presión de Francia. Este modo de acción terminó involucrando a cinco mil hombres y cincuenta embarcaciones en acciones que tenían lugar a dos mil leguas de distancia. Page responsabiliza a Roger de hacer creer al gobierno francés que enviando un batallón «y levantar una bandera a cuya sombra pudieran cobijarse» todos los opositores a Rosas, éste sería derrotado y Buenos Aires saludaría a Francia como a su liberadora.

Pero el gobierno francés está lejos de ser el único engañado, piensa Page. También participan de estas quimeras los franceses de Montevideo, que ni bien ven que hay una presencia de la flota en el Plata, se lanzan a alentar los proyectos más improbables. «Detengámonos aquí, y desde el mundo de las ideas, descendamos al mundo de los hechos; los sueños se desvanecerían, sólo permanecerá la realidad».¹⁰ Los hechos indican en primera instancia que aunque las fuerzas que se podían congregarse en contra de Rosas eran numerosas, entre ellas existía también una profunda desconfianza. Unas eran las aspiraciones de Rivera, otras las de Lavalle y otras las de Ferré (Gobernador de Corrientes), de manera que las traiciones, los cambios de planes y la improvisación eran la norma. Eso sí, estos jefes tenían un común interés en el dinero francés.

Son interesantes las observaciones de Page sobre los ejércitos del Plata, tan diferentes de un ejército europeo que uno no puede batirse con ellos sino teniendo en cuenta su estilo y posibilidades. En general las tropas son de caballería y tienen muy poca organización «milicias semisalvajes a las que ningún freno de disciplina les ha enseñado a reunirse en torno a una bandera». Estos soldados no saben lo que es el pan, viven sólo de carne, lo que exige que el ejército lleve como compañía un inmenso rebaño vacuno. Esto hace que las condiciones de ataque, o las posibilidades de mantener una posición sean muy dependientes de la disposición de pasto que permita alimentar a las bestias destinadas a la lucha y a las destinadas a servir de vitualla.

En estas condiciones, a veces un ataque debe ser forzado por temor a no poder permanecer más en el sitio, y en el caso de derrota, aunque las pérdidas de hombres y de material sean pocas, si no se logra conservar la tropa de ganado necesaria para el consumo, la indócil caballería montonera termina por desgranarse por

¹⁰ Ídem, p. 79.

la defección de sus soldados.

Este tipo de guerra expresa el estado civilizatorio del Plata, donde Francia se encuentra con aliados mendaces, ávidos de dinero, desconfiados entre ellos y que desnaturalizan la verdad. Page describe la gestión gubernativa del rosismo como la de quien dispone de hasta el mínimo detalle y hasta deja de dormir para observar todas las ramas del gobierno. Hay un momento, empero, en que Rosas revive su «origen algo salvaje»: cuando se divierte. Todavía se solaza del mismo modo que lo hacía cuando era un gaucho haciendo mil locuras a caballo, o usando a otros hombres de cabalgadura (cosa que también hace Manuelita, según informa Page, cuando las distancias que tiene que recorrer son cortas), pero esos «placeres bufonescos no son actos bárbaros o feroces».¹¹

Pero cuando Rosas trata con un francés, y sobre todo con un enviado digno como Mackau, la grosería desaparece, y se imponen la amabilidad, el buen tono de su voz, la mirada atenta e inteligente que cautivan al interlocutor. «¿Cómo explicar, si Rosas fuera un bárbaro, la consagración absoluta de sus partidarios? ¿Acaso alguno lo ha traicionado? ¡Que se cite el número de sus soldados que se pasaron al enemigo!» Page recorre Buenos Aires un día de fiesta. Todas las personas que lo rodean portan insignias coloradas, el poder federal. A cada momento algún gaucho vestido «de poncho rojo y con gorro frigio del mismo color» grita vivas a la Federación y al gobernador.

Para Page, un observador imparcial debe reconocer que la base del conflicto entre Buenos Aires y Montevideo viene de que la grandeza de una ciudad es la debilidad de la otra, alentando Montevideo el proyecto de organizar una confederación con las provincias situadas al oriente del río Paraná.

Si unos hombres dan vivas a Rosas y desean la muerte a los unitarios, mientras otros vivan a Lavalle y dan mueras a Rosas, los franceses enviados para dar la vida en nombre «de la humanidad y del interés nacional», ¿qué partido deben tomar? Según Page, el almirante Mackau recordaba la experiencia inglesa. Si Buenos Aires era fácil de ocupar, la dimensión de la campaña hacía a la idea «ridícula en virtud de los débiles medios» a su disposición. Como sabemos Mackau se inclinó a la negociación con el ministro rosista Arana. Ellos expresaban «la más elevada civilización de Europa enfrentada con la habilidad un tanto salvaje de la América española», y el enviado francés superó a su adversario, obteniendo por la vía pacífica todas las condiciones que la guerra no había logrado imponer.

Otro texto que emerge en parecidas condiciones es el de Alfred de Brossard, en defensa de las gestiones que realizara el enviado Alejandro Colonna Walewsky, en 1847, luego del retiro inglés, y expresa el mismo espíritu comprensivo frente

¹¹ Ídem, p. 129.

al rosismo y la confederación argentina que hemos visto en el texto de Page. El escrito de Brossard es un estudio muy amplio, que traza un bosquejo de la historia del Plata y que trata de cifrar el interés francés en la región por medio de estadísticas comerciales, que en resumen muestran que el Río de la Plata no ocupa un lugar tan preponderante como sostienen quienes a toda costa quieren mantener la presión sobre Montevideo y Buenos Aires.

Los capítulos más extensos están dedicados al período 1829-1840 que se presenta bajo el título «Americanismo y civilización», el de las «Intervenciones franco-inglesas» que cubre el período 1840-1848, y se cierra con un esbozo sobre el general Rosas. Para no repetir con respecto a los argumentos de Page diremos que también aquí Rivera y Rosas son presentados en pie de igualdad: son gauchos, lo que quiere decir «ignorante, vivo, falso, astuto, orgulloso, jactancioso, ladrón, desordenado, despótico, y antes que nada, gran jinete». Si Rivera sigue siendo un gaucho hospitalario y suave, Rosas se ha convertido en uno sanguinario y enemigo del extranjero.¹²

Brossard piensa que después de tantas revoluciones –pero con resultados relativamente clementes (pues sólo ha habido once ejecuciones públicas en Buenos Aires hasta 1835)–, la brutalidad de Rosas es la forma de poner término a esas revoluciones. Menos interesado que Page en subrayar la superioridad francesa, Brossard va a atribuir a los dilemas del régimen monárquico derrotado las complicaciones en que se halla envuelta Francia hacia mediados del siglo. Según Brossard, el estilo de la monarquía, que prefiere evitar las acciones militares ha llevado a una serie de concesiones sobre las que en la actualidad es muy difícil volver a atrás. Pero no debe abandonarse el Plata y los franceses que allí viven a su propia suerte, porque de ello se seguirá una gran pérdida para Francia. Es cierto que hay intereses comerciales en juego, pero lo más importante es que la situación de escándalo político que vive la República es la consecuencia de un sobrante de población que debe ser conducido fuera de Francia.

Inglaterra y Alemania, que también tienen población sobrante, han encontrado una salida a este problema conduciendo la emigración hacia los Estados Unidos. Pero a la fecha (1850) los Estados Unidos dejan de ser un país agrícola para empezar a ser un país industrial, lo que es lo mismo, competitivo de la producción europea. Por eso debe asegurarse América del Sur. «Todas las circunstancias del suelo, de la naturaleza, del clima concurren para que esas vastas regiones sean antes que nada esencialmente agrícolas».¹³

¹² Alfred de Brossard (Cte), *Considérations historiques et politiques sur les Républiques de La Plata, dans leurs rapports avec la France et l'Angleterre*, par M. Alfred de Brossard, Paris, Guillaumin, 1850, p. 53.

¹³ Ídem, p. 300.

La política francesa en el Río de la Plata no puede desconocer a Rosas, dice Brossard, pero tampoco debe permanecer inmóvil. Sus objetivos con respecto al «Restaurador» deben ser contenerlo, no dejarlo alcanzar sus propósitos. Para mantener el prestigio de Francia hace falta mantener la independencia de Montevideo y también, colaborando en la subsistencia uruguaya, evitar que el contagio argentino penetre en el Brasil.

Sin embargo, el texto francés que entendemos más célebre acerca de Montevideo y la situación rioplatense fue escrito por alguien que nunca estuvo allí, que tampoco oficiara profesionalmente en el periodismo o la política, sino que es la obra de un escritor, tal vez el más famoso de su tiempo, que decidió sumar su pluma a la defensa de la ciudad por medio de la propaganda de su causa ante la opinión pública francesa. Nos referimos a Alejandro Dumas que en 1850 publicó *Montevideo ou une nouvelle Troie*, a partir de los detalles que le proporcionara un enviado uruguayo, Melchor Pacheco y Obes.¹⁴

Pacheco y Obes era un representante en situación desesperada. A principios de 1849, los representantes franceses en el Plata acaban de firmar con Rosas y Oribe, un acuerdo que suponía la evacuación francesa de Montevideo. Despachado por las autoridades de la ciudad sitiada para rediscutir la situación con los responsables de la política exterior de la efímera II República, se apercibió que el camino de la negociación diplomática estaba cerrado, y ello lo alienta a intentar otro que tal vez había visto ya antes en obra en su Montevideo: la agitación literaria.¹⁵

Aunque se hubiera pensado en encargarse a un escritor importante de Francia escribiera algo alusivo, nadie imaginó que quien tal vez fuera el escritor más popular de Francia aceptaría el encargo. Además encontró para la obra un título tan resonante (a juicio de Bartolomé Mitre, el título era lo único imperecedero de la obra), que ayudó a su difusión tanto en Francia como en Plata.¹⁶

La obra de Dumas acerca de Montevideo resulta ser una escritura mediada, muy diferente de las obras que le habían dado enorme popularidad pocos años antes (*Los tres Mosqueteros* y *El conde de Montecristo*, entre otras). En este escrito corto que novela circunstancias de la defensa de Montevideo, Pacheco y Obes ha provisto la materia prima esencial, transmitiendo información acerca de personas y circunstancias, a la vez que provisto un marco de inteligibilidad

¹⁴ Alexandre Dumas, *Montevideo ou une nouvelle Troie*, Paris, 1850. Las citas que aquí se incluyen se han tomado de la edición española, Buenos Aires, Fabril Editora, 1961.

¹⁵ El estudio clásico sobre esta obra pertenece a J. Duprey, *Alejandro Dumas, Rosas y Montevideo*.

¹⁶ La referencia a Mitre se encuentra en el Prólogo que Ariosto González escribe a la edición española de la obra de Dumas que mencionamos más arriba.

sobre los acontecimientos. Por supuesto que Dumas ha hecho mucho más que aportar su fama de escritor, convirtiendo al escrito en una exposición que no deja dudas acerca de la obligación moral que une a la República Francesa con ese otro estado, de forma análoga que trata de sostener la civilización en el confín del mundo.

Muchos de los personajes, al decir del autor están «copiados de lo real» (en función de cómo esta realidad le era informada) y otros muchos fragmentos ensayan una especie de descripción de la región y una historia de las raíces de los conflictos que nos parece puede servir para el propósito que nos anima, es decir, reconstruir la forma en que el Plata y la guerra eran percibidos en Francia.

Para Dumas la base del conflicto entre Montevideo y Buenos Aires es que ambas ciudades compiten, y el éxito de una de ellas es la desgracia de la otra. Esta competencia tiene también origen en diferencias de sangre. Los porteños son descendientes de españoles, pero pasados trescientos años, las tradiciones españolas se han debilitado y dejado paso a las del suelo americano. «Los habitantes de Buenos Aires son casi tan americanos como lo eran los indios que ellos arrojaron del país». El paisaje de Buenos Aires es dilatado, pero duro, carente de maderas y de agua. Sus viviendas son pobres y están aisladas por grandes distancias. Esto también ha hecho a los porteños bastante parecidos a los indios salvajes, con quienes además mantienen toda clase de relaciones.

La Banda Oriental no había sido ocupada porque la valiente resistencia de los Charrúas lo impedía, pero a finales del siglo XVIII, «la civilización, diosa que al igual que el sol, va de oriente a occidente»,¹⁷ logra someterlos. La nueva ciudad, Montevideo, fundada hace un siglo, es la más moderna de las ciudades americanas.

A diferencia de Buenos Aires, las tradiciones de Europa aún están frescas allí, y aunque no olvida que es una ciudad americana, tiende a la civilización, mientras que el porteño tiende a la barbarie. Cuando el viajero arriba a Montevideo, la vista que se le ofrece es un paisaje verde «sin los bosques de la América del norte» pero cruzado de arroyos, con muchos árboles, y donde la gente vive en relativa cercanía, instalada en casas cómodas.

En los orígenes de Montevideo, sostiene Dumas, se puede apreciar la coexistencia de tres tipos sociales. En primer lugar hay un elemento caballeresco, heredero de los conquistadores, que representa Jorge Pacheco, padre de su informante. Un segundo tipo social está representado por Artigas, hombre de campo, expresión del partido nacional en tanto confrontado a lo extranjero. Finalmente estaban los gauchos.

Dumas previene contra el error de considerar bajo esta forma a todos los habi-

¹⁷ Alexandre Dumas, *Montevideo ou une nouvelle Troie*, op. cit., p. 39.

tantes del Plata. El gaucho es el hombre sin bienes, sin hogar y sin familia. «Posee como únicos bienes su poncho, su cuchillo, su lazo, su boleadora». La resistencia española a la independencia lleva a los hombres de campo a asimilarse con los gauchos y con Buenos Aires. Al final de este período ha surgido, sobre todo, una nueva enemistad: «Veinte meses de asedio y tres años de contacto entre Buenos Aires y Montevideo (hicieron) que las diferencias de hábitos y hasta diríase de razas se convirtieron poco a poco en motivos de odio». Las sensibilidades de una y otra ciudad no podrían ser más diferentes, especialmente en lo que hace a las categorías de la civilización. «Para el gaucho de Buenos Aires, el ideal de perfección es el indio a caballo. Para el hombre de la campaña de Montevideo, lo es el hombre apretado en su traje, anudado en su corbata, aprisionado entre sus zapatos tirantes».¹⁸

Partiendo de estas distancias básicas que se fundan en la sangre y en la tierra, porteños y montevidianos compiten en todo. Cada uno presume de ser más valiente o más elegante que el otro, y sus mujeres también compiten por la belleza. Los conflictos entre ellos han comenzado en el mismo momento que los países se hicieron independientes. El sitio, que se prolonga desde 1843, es una continuidad, y solamente el heroísmo de los defensores de Montevideo ha salvado a la ciudad de sufrir los actos de barbarie que los porteños son capaces de inferir. Montevideo, como Troya, sitiada es «el último reducto de la civilización en América del Sur». El relato de Dumas incluye una serie de detalles acerca de masacres protagonizadas por el ejército sitiador, en su intento de imponer el terror a los montevidianos, pero que obtienen un resultado opuesto. Todas las fuerzas de la ciudad se reúnen como una sola persona, para organizar el asilo a los refugiados, el abasto de las milicias, la atención de los heridos.

La forma del trabajo y hasta la de la diversión se han cambiado por la guerra. «La pobreza es general, pero la ayuda mutua permite sostener alojamiento, comida, hospital, y esto ha convertido a todos en patriotas, especialmente a los esclavos recién libertos. A la noche, las veladas muestran a las mujeres hilando y cosiendo mientras que el tema de conversación son los hechos de la guerra. La ciudad sitiada además de a Troya comienza a semejar una nueva Esparta. La señora Correa, en Montevideo, que ha perdido a tres de sus hijos en un combate se lamenta de no tener otro hijo más para ofrendarlo a la patria. Cada mujer se había convertido, ya fuese esposa o madre, en una lacedemonia».¹⁹

«Cada día se combatía y cada día la ciudad admiraba, como Troya, algún nuevo rasgo de heroísmo de sus defensores o algún acto de la odiosa barbarie de sus enemigos». Además de compararse a los modelos clásicos, por su

¹⁸ Ídem, p. 46.

¹⁹ Ídem, p. 139.

contenido humano, Montevideo «es casi una ciudad francesa». Según Dumas/Pacheco y Obes al comienzo del sitio había 20.000 franceses allí que movidos por el espíritu de la ciudad se han armado en su defensa y han organizado una legión que los identifica.

Esta legión es sagrada por haber defendido el honor de Francia cuando el gobierno de ésta no era capaz de hacerlo; es sagrada –según Dumas– porque aparte de combatir las balas debe combatir la calumnia de la prensa francesa. «Caída hoy en la miseria común, descalza, cubierta de harapos, llena de cicatrices», sus miembros son hoy en Montevideo mirados como hermanos. Su ejemplo además impulsó a la formación de la Legión Italiana, la que también se cubrió de gloria dirigida por Garibaldi.

Como dijimos, aparecida a mediados de 1850, la obra intenta convencer al nuevo gobierno republicano de actuar con mayor decisión en Montevideo. Si los compromisos del orleanismo lo inclinaban a una relación amigable con Inglaterra, la nueva república debe tener ahora otras prioridades, sin contar que de ella se espera mucho más que del anterior reino. La prosperidad de Montevideo será también la prosperidad de Francia y la energía debe sobrepasar a la política de conciliación. La caída de Montevideo será la caída «del último baluarte de la humanidad en América del Sur», que dejará que «un poder anti-social» afiance su predominio desde el Amazonas a los Andes, arrasando hasta la misma obra de Colón, porque los hombres de Rosas son iguales a los indios. «Los hombres que, con Rosas, llevan delante de sí la destrucción, y en pos de sí la barbarie, son el símbolo de aquellos indios que derribaban lanza en mano, sobre las tierras de América, a los hombres del viejo mundo que iban a llevarles la ley del Oriente».²⁰

En síntesis, y más allá de los detalles del heroísmo de los sitiados, Dumas expone que en el interés republicano está mantener la continuidad del apoyo a Montevideo, y asocia con la política del período precedente, monárquica y tendiente a la conciliación con Gran Bretaña, los desastres que hasta ese momento han sido el continuo resultado.

En otro sentido, el texto de la Nouvelle Troie, proveniente de la pluma de un novelista, nos muestra una clase de «realismo» con algunos rasgos paradójicos. El escritor no conoce Montevideo sino por la mediación de su informante, y son justamente las acciones políticas de Pacheco y Obes, las que son elevadas a alturas heroicas –y de una forma que fisura un tanto la verosimilitud del relato–, dado que éste es quien aparece como uno de los protagonistas claves de la empresa de la defensa, junto a sus aliados políticos más cercanos con posterioridad a la caída de Rivera.

Como «novela verdadera», y abocada a la construcción de un argumento

²⁰ Ídem, p. 150.

político sobre una cuestión contemporánea, la Nouvelle Troie de A. Dumas, adopta como estrategia la reposición de un modelo absolutamente clásico, que como vimos abreva indistintamente tanto en las imágenes homéricas como en la historia espartana, pero no son los principios de la virtud y el patriotismo los que sustentan la comprensión del fenómeno. La Nueva Troya está sostenida por el principio civilizatorio, el antagonismo de Montevideo y Buenos Aires es el de las razas y el del progreso. Si la forma entonces evoca lo clásico, el principio de explicación pertenece sin dudas al universo letrado europeo de mediados del siglo XIX.

Como podemos ver, a lo largo de los doce años del conflicto las posiciones irán variando. Inicialmente Rosas es una especie de accidente inexplicable, fenómeno eventual surgido de la vorágine política anárquica del mundo americano. Más adelante, los militares que observan al rosismo en acción podrán tomar una posición más mesurada, pero que estará siempre en tensión con los deseos de la población francesa en el Plata. Sin estar convencida de lanzar una conquista imperialista formal, Francia tampoco se decide a desinteresarse del Plata.

La intensa participación política, militar y cultural que protagonizan los franceses en el Río de la Plata entre los años 1838-1852, nos muestra, globalmente considerada, un estilo de encarar las relaciones entre metrópoli y periferia. En primer lugar, el que surge de comparar la experiencia política propia con la de los rioplatenses o los sudamericanos.

Los franceses ven en las revoluciones de la América del Sur una continuidad de sus propias experiencias revolucionarias. Partiendo de esta común creencia, que enlaza a franceses e hispanoamericanos, los franceses que en cierto sentido se sienten la «nación-guía» tratan de adivinar, bajo los inestables climas de la meteorología política de América del Sur, en qué estación se hayan los pueblos revolucionados del sur, decidiendo los franceses cómo actuar, según esta evaluación primaria.

Entre los dirigentes de la revolución de Buenos Aires durante su primera década, especialmente entre 1816 y 1819, (es decir, luego de la Restauración) hemos visto que había también fervientes partidarios de una «solución francesa». Francia, que con la Carta «terminaba» su revolución, podría bien ser el medio de «terminar» con la revolución en el suelo americano para dar paso a tiempos normales. Queremos mostrar que siendo compartido en ambos mundos el diagnóstico del origen común de la revolución, también los hombres de América del Sur se veían impulsados a leer en la evolución francesa el destino que les aguardaba.

La Francia reaccionaria de los primeros años veinte da la espalda a los acontecimientos de ultramar, en la convicción de que los daños que se desprendían de

tal tipo de contactos eran superiores a los beneficios estratégicos que pudieran reportarle. En esos mismos años veinte, temerosos de ver a Francia convertirse en un enemigo, los países americanos del sur (aunque no hayamos hablado de ello) se tornan en conjunto hacia Inglaterra –que finalmente es la única potencia inevitable en el Atlántico, deseosa de mantener relaciones económicas acrecentadas y una cierta simpatía política que por el momento excluía el reconocimiento–. Ahora bien, el juicio de los británicos respecto de los regímenes políticos que surgen en Hispanoamérica, es entre peyorativo e indiferente. Las eternas revueltas políticas de Sudamérica les parecen a los ingleses una más de las experiencias que se deben soportar en espacios exóticos.

Hacia 1830, mientras que Francia intenta recuperar una presencia política y económica en el espacio atlántico, también percibe que la corriente migratoria hacia el Plata que había comenzado por motivos políticos (1815) ahora tiene sobre todo motivaciones económicas. Pero los franceses del Plata, que se integran rápidamente (aunque pocos sean los que hagan alguna fortuna) al mundo social al que llegan, con la misma naturalidad que se integran al comercio o a las artes, se integran también en la política. En momentos anteriores al estallido del conflicto abierto entre las autoridades locales y francesas, desde antes de 1820 hay sobrados ejemplos de esta inclinación de los franceses hacia la política. De pasada recordemos aquí a los infortunados Lagresse y Conantre fusilados por el Directorio, al periodista Laserre, o al litógrafo Bacle. Para mostrar el modo natural en que los franceses se interesaban en las cuestiones públicas del Río de la Plata, no necesitamos esperar hasta el bloqueo de 1838, o la organización de la legión francesa en la sitiada Montevideo de 1843.

Así las cosas, la protección de la metrópoli destinada a confortar a sus propios súbditos, no podía dar como resultado sino un involucramiento en las facciones que disputaban en el Plata. La primera percepción, de los enviados franceses a Buenos Aires a mediados de los veinte, es que hasta que no se llegue a una monarquía las cosas no se tranquilizarán finalmente. Para los observadores de los años treinta Rosas es la expresión de un estado de cosas semi-bárbaro que les recordaba al jacobinismo. Los gorros frigos de los montoneros que practicaban ejecuciones sin juicio de sus enemigos, el despotismo de la opinión, eran asimilables al «gran terror». Pero si en Francia, la misma sociedad se había encargado de sacarse de encima el yugo tiránico, en el Río de la Plata, la consolidación de la civilización moderna exige que los franceses agreguen la fuerza necesaria.

Hacia 1845, los militares franceses comienzan a reconocer la fuerza de Rosas, que esta vez había sido capaz de resistir no sólo a la flota tricolor, sino a la coalición franco-británica. En este punto, los oficiales del estado francés (aunque no los franceses de Montevideo) tenderán a pensar que los regímenes políticos

de Sudamérica, sus caprichos y extravíos, eran el fruto de esa naturaleza desmesurada en que los mismos estaban instalados. Aliados o enemigos, Rivera y Rosas en el fondo son gauchos; en última instancia son un fenómeno americano. Siendo así, si quiere pesar en el Plata, Francia tendrá por delante un largo esfuerzo civilizador, que se ejerce ya no por el magisterio político sino por el comercio y la emigración. Ambas cosas, a estar de Brossard son en beneficio de ambos mundos.

Finalmente, y respecto del tipo de categorías subyacentes que es posible detectar en el análisis y los juicios que hemos expuesto, podemos indicar que la opinión que la sociedad observada en el Plata dependía en primer lugar de un elemento social que le era característico –el gaucho–, implica una novedad. Si en las primeras observaciones de diplomáticos franceses, las masas criollas son la expresión de un desorden que grupos más educados de la sociedad –tales como los miembros del Partido del Orden–, antes o después, terminarían disciplinando e imponiendo su superioridad, el fracaso de 1840 muestra la inevitable realidad «gauchesca» del Plata.

Pese a sus diferencias en cuanto al juicio acerca de cómo deben actuar los franceses en el Plata Dumas y Page están de acuerdo en que Rivera, Rosas y todo el resto son en primer lugar, gauchos. A partir de allí las opiniones difieren; mientras que en Page es el resto de una sociedad semi-bárbara, en Brossard el gaucho es un largo listado de defectos. Pero en todos los casos, la base son los gauchos.

Esto quiere decir también que el análisis básico se ha trasladado de la «política» a la «sociedad», a los grupos que la integran y a la lógica social que de ellos se desprenden. Esta mirada en cierto sentido sociológica –por parte de gentes no necesariamente demasiado informadas del estado de las elaboraciones intelectuales del momento–, tal vez sea un indicio de la circulación del enfoque de Guizot, de una manera, digamos, ingenua.

Es probable que algo parecido podamos arriesgar respecto de los argumentos de Tocqueville para interpretar el mundo americano, porque finalmente esta sociedad gauchesca es una sociedad de iguales, de «compadres», de trato grosero y simpleza de formas. Igualmente los análisis de Tocqueville respecto de las formas de ejercicio de un poder presidencial e incluso su temor a que en estas sociedades igualitarias y democráticas pudiese predominar un despotismo de la mayoría. Ambas cosas encajaban relativamente bien al gobernador Rosas.

Hasta 1840 ha predominado entre los observadores franceses un criterio que podríamos denominar «identificadorio» que piensa la experiencia histórica del mundo del Plata como repitiendo el recorrido de Francia, de la «nación-guía». Más adelante, se impondrá cambiar este punto de vista. Pasará a primer plano

el elemento humano, el «contenido social» de la América del Sur, tan diferente del europeo, que será convertido en el primer factor responsable de su estado político de cosas: América del Sur, estará ubicada por este mismo contenido social en un escalón anterior de la evolución humana, la barbarie. Solamente un futuro basado en el comercio y el acrecentamiento de los contactos que eleve esa barbarie a civilización será capaz de anudar un vínculo armónico y estable entre ambos mundos.

Registro bibliográfico

HOURCADE, EDUARDO

«Visiones francesas del conflicto del Río de la Plata (1830-1850)», ESTUDIOS SOCIALES. *Revista Universitaria Semestral*, Año XIV, N° 26, Santa Fe, Argentina, Universidad Nacional del Litoral, primer semestre 2004 (pp. 175-192).

Descriptores · Describers

Francia / política francesa / testimonios / conflictos armados / Río de la Plata / siglo XIX
France / French politic / testimonies / armed conflicts / Río de la Plata / XIX century